

Caminar la senda propia

Como marcas en la brecha

HERNÁN DARÍO CORREA

El Peregrino, Bogotá, 2015, 362 pp., il.

EL TÍTULO de este libro, *Como marcas en la brecha*, proviene del último verso de “Amén”, el inolvidable poema de Álvaro Mutis que, además, hace las veces de epígrafe para este relato en el que se mezclan diferentes aspectos de la vida de Hernán Darío Correa, sociólogo, escritor, editor y militante comprometido con diferentes causas a lo largo de sus más de 65 años de vida. Un ejercicio vital de escrutinio íntimo en donde se van mezclando la historia de vida, las memorias, el testimonio o la historia intelectual y política, el ensayo... Un retornar sobre el camino andado, a mirar las huellas, reconocer los tropiezos y encarar la vida desde la reflexión y la puesta al día del libro de cuentas, de los haberes y deberes.

En los últimos años, la primera persona, el testimonio, el yo que se afirma en una subjetividad plena, ha ganado protagonismo. Se ejerce el yo desde una consideración más alta. Más verdadera. La escritura se asocia a lo cierto gracias al aval que da una voz, un nombre, la autoridad misma que termina siendo la propia vida, sus aprendizajes y fracasos, los éxitos y las pérdidas. Y en cierto modo esta posibilidad, la de “narrar mi vida”, se justifica en una suerte de proceso reflexivo en que el autor escribe sobre lo que más conoce, de manera más profunda y sincera. Una afirmación desde la singularidad del individuo, desde su propia historia, que plantea la pregunta de por qué y para qué escribir. ¿Qué hace de una vida “un libro abierto”? ¿Cómo y por qué recorrer una senda ajena?

Desde el preámbulo, la confesión al lector, Hernán Darío Correa deja en claro cuáles han sido sus intereses. Las marcas que reconoce a lo largo de su vida son la lectura y la política (una lucha y una militancia desde la izquierda, para ser más específico, desde el socialismo), y en el cruce de esas dos pasiones empieza a dibujarse una mapa personal de pensamiento, una historia intelectual que señala su

propia geografía en la enumeración de lecturas —sofisticadas, por cierto—, librerías, editoriales y autores que se funden con la educación sentimental, política, literaria y vital. También un sistema de relaciones con otros, pares o referentes que delinean una generación, una forma de pensar, toda una panorámica de la cultura y la política colombiana de los últimos 45 años, en los que la amistad y la voluntad de transformar el mundo tuvieron un papel protagónico, lo mismo que el intento por consolidar una ética y una estética. Todo un universo de pasiones y vanidades que no pasa desapercibido.

En el recorrido por la infancia y la adolescencia que compone el primer capítulo se destaca la experiencia del viaje, de crecer en diferentes ciudades, de vivir el extrañamiento y aproximarse a cuatro paisajes y geografías muy diferentes: Barranquilla, Medellín, Cali y Bogotá son los escenarios en los que se anidan los recuerdos primeros, los que definen la relación con el padre, con la madre, con los hermanos, que luego serán ausencias; las familias extendidas que después se pierden con el tiempo pero significan la historia de todo un país; el mundo idílico de la infancia y la idea de la felicidad que se transforma; el cine y los juegos, hasta vislumbrar los atisbos de una primera conciencia política y social, que luego se convertirá en eje fundamental del relato. Allí la universidad y el movimiento estudiantil aparecen como elementos imprescindibles en esa aventura de los años setenta y ochenta que las diferentes tendencias del pensamiento político de la época terminan de definir. Una manera de obrar que no compite con la celebración y el gozo constantes alrededor de la música, el arte, la conversación y el baile. La amistad intensa con el poeta Raúl Gómez Jattin; el amor, el matrimonio y los hijos, todo tan fructífero, pero tan efímero.

En este punto de su trayecto, Correa encuentra el inicio de una nueva etapa en que la militancia es central. La fundación de las Ligas Socialistas y su participación en ellas, la cercanía con el sindicalismo, la proximidad con movimientos políticos y obreros, las largas asambleas, las marchas, la crisis matrimonial, todo va sumando

para tener un horizonte inestable.

La guerrilla, el narcotráfico y otras circunstancias hacen densa esa parte de su vida. Densidad que claramente se refleja en el lenguaje que emplea. Una prosa pesada, un discurso que puede resultar agotador, así sea cierto y lúcido. Del recuerdo personal se pasa a la acalorada crítica a los poderes, el Estado, el gobierno. La denuncia militante no entiende otro ritmo, otras palabras, y va copando las páginas. Las citas y las apuntaciones bibliográficas amplían las opiniones y les dan “soporte” a los juicios, pero castigan al lector (aunque esta historia lectora es una oportunidad magnífica para entender un momento de la historia de Colombia, bien podría ser una bibliografía generacional, una instantánea sobre lo que leían en el momento). Si desde antes el tono era singular, justo en este capítulo se hace manifiesto que es difícil establecer un vínculo si no hay un acuerdo previo, y es que quizá no era para menos. La violencia no solo era verbal, las vidas corrían peligro y aún lo corren.

En medio de esta tensión hay un cambio de tercio, y de nuevo los libros, la edición y la lectura recuperan su lugar prioritario en la vida que se transforma, que se redescubre en el amor, en la comprensión de otras formas de “lucha” y de otros “campos de batalla”. La cercanía con el mundo indígena y afro, la puesta en valor del equilibrio con la naturaleza, con la mujer, terminan marcando un nuevo rumbo. Un nuevo aire que le permite recuperar su mejor tono, aligerar el lenguaje y recobrar una dimensión de lo afectivo que no pasa por lo político o lo intelectual. Un estado en el que se permite hablar de sus pérdidas, una forma de saldar cuentas, entre ellas la enfermedad y suicidio de su hermano, sus distancias y sufrimientos. También consigo mismo.

El cierre del tercer capítulo, quizá abrupto, permitiría concluir que, para este caso, la escritura es la manera de comprender lo que se ha leído y vivido, de intentar compartirlo en algún momento con alguien, de insistir y persistir en lo que ha sido de una u otra manera el motor de una existencia. Hay una búsqueda de coherencia, un intento por descifrar los pasos andados, y en ello hay que reconocer coraje

y valentía. Eso es lo que se puede ver cuando se está regresando por el camino ya hecho.

Una nota para cerrar. Si bien el trabajo de diseño y edición del texto está bien, salvo por un par de erratas, es lamentable el anexo de imágenes que en muchos casos no se pueden ver y ponen en entredicho su pertinencia.

Valentín Ortiz